

Avance de publicación:

Filosofía y revolución. Materialismo dialéctico en el siglo XXI¹.

Antonio Rubira León (2018).

En el marco del Dossier "Karl Marx revisitado. Pasado, presente y porvenir a 200 años de su nacimiento", tenemos la oportunidad de compartir este avance de publicación que forma parte de la sección introductoria de un libro que abordará el análisis del materialismo dialéctico en el debate filosófico actual.

El autor: Antonio Rubira León nos lleva por un camino en el que nos muestra la conexión de la filosofía con la ciencia desde la Grecia antigua, pasando por las culturas de Mesopotamia y Egipto, la Edad Media, la Ilustración, terminando en el siglo XIX y XX. Se termina explicando cómo la dialéctica de Hegel y Marx tiene un impacto en la realidad científica, económica y social de hoy en día.

INTRODUCCIÓN:

Todas las grandes ideas filosóficas, científicas, económicas, políticas y sociales, es decir, todo el pensamiento acumulado por la civilización, basado en la teoría y práctica de la actividad humana, establece diversos métodos de análisis para comprender la realidad e intervenir en ella. Como el ser humano, a diferencia del resto de seres vivos de la naturaleza, además de *objeto* de la realidad es también motor *subjetivo* de ella, todo pensamiento tiene necesariamente esta dualidad: interpretar y actuar. Incluso aquellas ideas que proponen no *mediar* y ser *pasivas*, como fomentan las religiones, interactúan con la existencia aunque sea a través de la resignación que supone no cuestionar la realidad. Todas las ideas, por lo tanto, tienen esta doble función: una correlación

¹ El presente texto forma parte de un libro de próxima publicación. La parte que publicamos ha sido cedida amablemente por el autor.

teórico-práctica entre el *sujeto* cognoscente y el *objeto* analizado, donde la filosofía es el pensamiento aplicado para conectarlos.

La filosofía, como pensamiento sistemático que persigue el entendimiento de lo existente, mantiene una relación contradictoria entre el *sujeto* que piensa y el *objeto* investigado, pues el *sujeto* también es *objeto* de la realidad que estudia. Su expresión histórica predominante, la más habitual, aceptada y a la postre falsa, es la subordinación del *objeto* como inerte e inmóvil, al *sujeto* diligente y activo, creando ideas en la mente al margen del comportamiento *objetivo* de la realidad material -siempre cambiante- de la que ambos forman parte. Ya sea para tratar de entender el *objeto* “en sí mismo” por medio de causas materiales -Aristóteles- o rechazar su intento desde conceptos idealistas “a priori” del *sujeto* -Kant-, el *objeto* es ubicado en posición dependiente del *sujeto*, como dos elementos diferenciados. Por otra parte, de manera más correcta y consecuente con la esencia de la realidad, pero con escasa influencia histórica, social y académica, se busca conocer el *objeto* como algo vivo y en movimiento, siendo parte consustancial de la propia naturaleza del *sujeto*. Ya sea para captar el cambio permanente de la materia y sus contradicciones donde nada es igual a sí mismo -Heráclito-, o analizar los procesos internos en el devenir *del Ser* que muta en su contrario -Hegel-, el pensamiento busca comprender el funcionamiento *objetivo* de la realidad de la que forma parte, al mismo tiempo que constituir el *sujeto* en agente consciente de transformación -Marx-.

De esta forma, el concepto de *filosofía*, del que proceden todos los modelos políticos, económicos, sociales y artísticos, a diferencia de la noción de *ciencia* -aparentemente neutra y objetiva-, conlleva la mayor controversia de la historia del pensamiento, no solo en función del objeto de estudio y su finalidad, sino principalmente del método de análisis utilizado. Mientras en todas las ciencias naturales y sociales se distingue entre la materia examinada y el enfoque de su conocimiento aplicado como dos caras de la misma moneda, la filosofía busca unificarlos. Ello se refleja desde su inicio en la antigua Grecia, donde *filosofía* o búsqueda del conocimiento (*Philosophia*) y *ciencia* o conocimiento verdadero (*Episteme*), son el mismo concepto desde Tales a Demócrito, pasando por Amaxímenes y Heráclito.

Aunque su diferenciación comienza simultáneamente con Parménides, es sistematizada posteriormente por Platón, que no solo propone que las ideas son más verdaderas que los objetos físicos, separando la interpretación estática del pensamiento *subjetivo* -idealismo- del análisis del funcionamiento de la realidad *objetiva* siempre en movimiento que da lugar a las ideas -materialismo, sino que los enfrenta a través de una metafísica orientada a desconectarlos y no a vincularlos.

El motivo de esta disfunción no tiene causas *filosóficas* ni *científicas* sino *históricas*, es decir, *económicas* y *políticas*, pues obedece a intereses materiales que las separan, debido al papel ejercido por el poder establecido en las diferentes estructuras de las sociedades humanas -el Estado-. De hecho, tanto la ciencia como la filosofía son fruto de la necesidad de resolver problemas materiales de la sociedad, antes de crear teorías sobre las que interpretar e intervenir en ellos. Incluso en el período excepcional de los siglos -VI y -V en Grecia, por su expansión colonial en las islas del Egeo y costa de Asia Menor sin la tutela *ideológica* de los grandes Estados de la época, y que da lugar al primer intento *científico* de la filosofía, el pensamiento es una sucesión ininterrumpida de búsqueda de comprensión de la realidad, a remolque del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el control político de las clases dominantes. Desde entonces, se inicia una deriva que enfrenta ambas disciplinas hasta hoy, como expresión externa de las contradicciones económicas y políticas en el funcionamiento de la sociedad. De la misma forma, volver a unificarlas es una exigencia *histórica* que precisa de alternativas ideológicas y sociales, tanto en el método de analizar la realidad -pensamiento-, cómo en la forma de intervenir en ella -acción-.

Desde el inicio de la civilización en Mesopotamia y Egipto hace 5.000 años, la división entre el conocimiento técnico aplicado -empírico y materialista-, y el pensamiento diseñado para el control de la sociedad -místico e idealista-, como dos concepciones diferentes y contradictorias, no encuentra un punto de inflexión hasta la antigua Grecia. Aquí da comienzo un pensamiento relativamente libre de la influencia religiosa, que busca unificar ambos aspectos de manera dialéctica y materialista acorde con el funcionamiento de la realidad física y de la mente. Sin embargo, no tarda más de 200 años en que se inicie una regresión parcial que vuelva a subordinar las ideas al orden social establecido, con Platón -*La República*- y Aristóteles -*La Política*-, así como desvincularse conscientemente de él -estoicos y epicúreos- para centrarse en el *arte de vivir* individual. De esta forma, el conocimiento histórico, político, económico y social del momento de ruptura en Grecia durante los años -600-400, resulta imprescindible para comprender las causas del inicio de la filosofía y la ciencia como unidad conceptual, así como las consecuencias de la escisión posterior en su devenir hasta hoy, en itinerario permanente de división entre ellas.

Los dos grandes principios de la filosofía occidental están asentados sobre concepciones antagónicas para interpretar el mundo, simultáneamente esbozados desde su comienzo por Heráclito y Parménides. De una parte, la relación entre *el ser* y *el pensar*, que da lugar al *idealismo* y al *materialismo*; y de otra, la concepción *mecánica* o *dialéctica* del movimiento. Su concreción más explícita se produce en torno a la *Ley de identidad* y el *Principio de contradicción*.

Heráclito argumenta que la realidad es física, en movimiento y cambio a través de contradicciones y negaciones en un devenir permanente, donde el pensamiento puede acceder al conocimiento del *objeto*, aceptando que éste tiene funcionamiento independiente del *sujeto*. Parménides, por el contrario, rechaza el movimiento del *objeto* como reflejo de impresiones falsas de los sentidos, y

antepone la visión empírica del *sujeto* para interpretar la realidad de manera fija y estática, como sucesión de “momentos separados”. Mientras las ideas de Heráclito apenas tienen influencia ni crea “escuela” que las desarrolle -rechazado en la Civilización Clásica, desaparecido en la Edad Media y olvidado en la Edad Moderna, a pesar de la “revolución científica” con las leyes del movimiento de Newton-, el pensamiento de Parménides es ampliamente absorbido y adaptado desde Platón y la teología cristiana, hasta la metafísica racionalista de Descartes a Kant. Será necesario esperar a Hegel y Marx -con análisis diferenciados en su aplicación-, para ver su sistematización filosófica y política tanto en el pensamiento como en la sociedad.

Una vez se establezca lo *que es* la filosofía en función del método de análisis y el objeto de estudio, que permita conocer *para qué* sirve, hay que determinar *para quién* lo hace, pero no de forma individual o universal, sino de *intereses de clase*, que es en realidad la manera en que se ha expresado como utilidad práctica en la sociedad los últimos 2.500 años. El interés material de la *clase social* propietaria de los medios de producción, con su cobertura *ideológica* dominante en la sociedad y la estructura de poder del Estado a su servicio, constituye el motivo fundamental para que el *método* de estudio y su *objeto* no coincidan en el pensamiento, pues ello conlleva -implícitamente- el cuestionamiento del orden establecido. Mientras la “realidad de un momento dado” forma parte de un proceso ininterrumpido de cambio histórico, político, económico y social a través del movimiento permanente de la materia, que precisa de ideas que comprendan la transformación de lo existente en su devenir, la mitología, la religión y el idealismo racional -metafísico o empírico-, desvinculan el pensamiento de la realidad, como dos esferas de aplicación diferente: avances técnicos en la ciencia, e inmovilismo social en la filosofía.

La ciencia, a diferencia de la apariencia que pueda suponer sus avances técnicos, no es solo una acumulación de conocimientos cuantitativos que obtiene resultados cualitativos por su experimentación y verificación empírica, sino un método analítico desde el cual la formulación de hipótesis *subjetivas* a priori, busca conectar con la realidad *objetiva* para transformarla. De esta forma, los grandes pensadores griegos anteriores a Platón, estudian patrones regulares en el funcionamiento de la materia para comprender el mundo, diferenciándose del mito y la religión que propagan las estructuras de poder del Estado, para centrarse en el conocimiento objetivo de la realidad al amparo de la libertad política que proporciona el desarrollo comercial de las ciudades-estado de las colonias griegas.

Mientras todas las ciencias físicas y naturales demuestran que el funcionamiento de todo lo que existe en la Tierra y el Cosmos obedece a leyes regulares basadas en el movimiento, la contradicción y la negación de lo precedente, los diferentes enfoques metodológicos para abordar su conocimiento parten, en general, de concepciones filosóficas mecánicas, fijas y estáticas, por lo que dicho modelo no corresponde con su objeto de estudio. La distorsión histórica entre ciencia y filosofía expresa la deficiencia del pensamiento para conectarse con la realidad. Más en concreto,

la ausencia de unificación entre el método de análisis y su objeto, conlleva una utilización parcial, cuando no errónea, de ambos conceptos. La suma cuantitativa de conocimientos no conduce necesariamente al aspecto cualitativo de su comprensión, de la misma forma que describir y opinar sobre fenómenos sociales clasificados en “hechos” y “datos”, no es lo mismo que analizar las causas y efectos de los procesos de los que forman parte. De esta manera, los avances técnicos desde el siglo XVII hasta hoy, cuando la división entre ciencia y filosofía se ensancha a pesar de los grandes logros alcanzados, significan más una interpretación del conocimiento sobre resultados empíricos, que un análisis de la comprensión dialéctica de su transformación y desarrollo.

La estructura del pensamiento racional en la mente humana, adquirida a lo largo del tiempo como fruto del desarrollo económico y social, así como del propio órgano del cerebro en su evolución como especie, todavía mantiene el hábito de pensar casi exclusivamente de manera empírica, es decir, trasladando al cerebro solo el reflejo de los datos que aportan los sentidos. Por lo tanto, el pensamiento dialéctico, basado en el funcionamiento de la realidad como movimiento de todo lo material en variaciones cuantitativas a través de contradicciones que dan lugar a saltos cualitativos, para lo que se requiere utilizar la abstracción como *herramienta*, escapa al *normal* entendimiento humano y al *sentido común*, al no percibir de manera tangible todos los elementos que conforman el desarrollo interno de los procesos que configuran el cambio permanente de todas las cosas existentes.

No obstante, la *ciencia exacta* de las Matemáticas, tan valorada y admirada en todas las esferas sociales y académicas -pues a diferencia del rechazo al pensamiento dialéctico, éstas no cuestionan el orden establecido-, también utiliza la capacidad de abstracción del pensamiento para cuantificar la realidad buscando patrones de comportamiento, ya que números, volumen, masa, superficie o longitud, son conceptos de la mente que no existen en la materia. El pensamiento abstracto busca extraer las características comunes de un fenómeno a través del análisis de las diferentes partes de un proceso aún no concreto ni tangible. De hecho, este es el método que da origen a la filosofía y la ciencia en Grecia con Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito, Alcmeón y Demócrito: investigar pautas y regularidades en el funcionamiento de la realidad –*arjé*- para interpretar el mundo, es decir, comprender la materia en movimiento, al margen del misticismo y la superstición, incluyendo la abstracción matemática de Pitágoras. El pensamiento abstracto, expresado ya por los Neandertales y Homo sapiens hace 40.000 años con pinturas en las paredes que representan no solo figuras de animales que trasladan de la percepción sensible, sino también elementos geométricos, donde puntos, discos y rayas no lo son, es una primera muestra de la capacidad de superación del mimetismo empírico en expresar ideas más allá de la captación sensorial.

Sin embargo, a diferencia de las matemáticas, que son un medio de conocimiento como lo es la capacidad de abstracción, pero no el conocimiento mismo de la realidad por su valor exclusivamente subjetivo y cuantitativo -aunque algunos como el *positivismo lógico* lo defiendan-,

la filosofía abarca una mayor amplitud que la diferencia de éstas: la intervención humana en la configuración de la propia realidad objetiva también de forma cualitativa, donde las matemáticas son solo una herramienta del pensamiento y no un fin en sí mismas. De esta forma, la *lógica formal*, el *sentido común* y la *ley de identidad*, que son los fundamentos empíricos del *positivismo* como pensamiento dominante desde el siglo XIX, sirven para captar la apariencia de lo existente en la sociedad y la naturaleza de manera inmediata, con objeto de *describir* la realidad. Sin embargo, la *lógica dialéctica*, aplicada a la *causalidad* y según el *principio de contradicción*, permite *analizar* la esencia de los grandes problemas de la historia, sus acontecimientos y el desarrollo científico, a través de estudiar la realidad como proceso ininterrumpido y comprenderla en las causas y efectos que provocan los cambios y transformaciones permanentes que la conforman.

El pensamiento abstracto es imprescindible para hacer filosofía, ciencia, matemáticas y arte. No obstante, existen diferencias cualitativas en su aplicación: empezando con Heráclito y Demócrito respecto a Parménides y Platón, dando lugar a una primera división del pensamiento entre *idealismo* y *materialismo* y, a continuación, entre el movimiento mecanicista de la *Lógica formal* de Aristóteles y Kant, basada en la deducción y la experiencia, con la *Lógica dialéctica* de Hegel y Marx, asentada en la contradicción y negación como proceso en movimiento. Por lo tanto, el imprescindible ejercicio de la abstracción en la mente, no solo se convierte en un andamio en el que apoyarse para la construcción de las ideas, sino en la conexión de las mismas con el funcionamiento objetivo de la realidad para actuar en ella.

No es suficiente quedarse en meras abstracciones de las cosas reales como hace el idealismo racionalista y metafísico en la construcción de conceptos a priori desde la exclusividad del *sujeto*, sino la vinculación del pensamiento -abstracto y metafísico-con la realidad del *objeto*, donde las ideas deben materializarse. Producto de estos antagonismos, se llega al punto donde se concentra el núcleo de toda la división en la historia del pensamiento, sea filosófico o científico: *la Ley de identidad*, donde el *objeto es* siempre igual a sí mismo y cuando cambia ya es otro, y *el Principio de contradicción*, donde el *objeto es y no es* simultáneamente, fruto del cambio interno de manera permanente que lo transforma.

Nada de lo que existe en la realidad material es fijo, estático ni permanente, sino que todo está en movimiento, cambio y transformación, como lo demuestran todas las ciencias prácticas y empíricas de fenómenos reales, sean *objetivas* del funcionamiento de la naturaleza -Física, Química, Biología o Astronomía-, o *subjetivas* de la actividad humana -Sociología, Psicología, Historia, Economía, Política o Antropología-. Nada puede permanecer siempre igual a sí mismo sin transformación cuantitativa y cualitativa, sea a través de cambios *lentos*, como la *deriva continental* en la superficie del planeta apreciable en millones de años, o *rápidos*, como la rotación de la Tierra sobre sí misma perceptible diariamente.

Por su parte, las *ciencias puras* de las Matemáticas -incluyendo *La Lógica formal* como “principios de razonamiento válidos”, son convenciones idealizadas por medio de la capacidad de abstracción, donde números, figuras geométricas, así como valores y conceptos, buscan patrones de comportamiento subjetivos. De esta forma, no son un fin en sí mismo, sino herramientas al servicio de la actividad práctica de los seres humanos. Por el contrario, la abstracción del pensamiento aplicado a la realidad, sea de un objeto material orgánico o inorgánico, puede acceder a comprender que nada es igual a sí mismo, es decir, permanente y sin cambio, aunque no lo perciban los sentidos, como exponen Heráclito, Hegel y Marx. Solo es posible considerar las cosas de manera fija y estática, si permanecen artificialmente en el pensamiento abstracto y no sean capaces de concretarse en la práctica de lo existente, como plantean Parménides, Platón, Leibniz o Kant.

Como toda ciencia se caracteriza por su *objeto, método y finalidad*, el dominio de las concepciones idealistas, fijas, estáticas y mecánicas, hacen de la filosofía un enfoque de la mente y la razón al margen de los procesos reales de la existencia material y social. Tampoco el movimiento mecanicista de Aristóteles, Newton o Darwin conecta totalmente con la realidad, pues su método y conclusiones empíricas choca con la validez dialéctica de sus innovaciones, comprendiendo mejor las consecuencias de sus logros que las causas de sus descubrimientos. Por el contrario, el pensamiento más certero y desarrollado en la conexión de la capacidad de abstracción con la realidad material, lo esboza Heráclito en la percepción, lo sistematiza Hegel en la teoría, y lo aplica Marx a la sociedad.

Nada es igual a sí mismo nunca, ni siquiera en un “*momento dado*”, pues mientras siempre hay cambio perpetuo en el *espacio*, nunca hay paralización del *tiempo*. Todo lo que perciben los sentidos humanos son aproximaciones limitadas de la apariencia de las cosas, que siempre se encuentra en diferentes “*momentos*” de procesos ininterrumpidos. El pensamiento abstracto utilizado en el análisis de causas, con el estudio concreto de los efectos, es lo que permite una aproximación a la comprensión de la realidad, como un devenir permanente transformado por cambios cualitativos y cuantitativos que anulan lo precedente, entendiéndolo por ello un proceso *objetivo*, no una consideración *subjetiva*, antes de la intervención consciente de los seres humanos para transformarla. Todas las ciencias físicas y humanas tienen como fundamento la búsqueda de causas para comprender sus efectos, por lo tanto, confirman de manera explícita -se reconozca o no- que todo lo susceptible de análisis forma parte de un proceso, cuya apariencia empírica y estática es solo un “*momento de transición*” captado parcialmente por los sentidos.

Por lo tanto, el pensamiento abstracto de las ideas innatas de las religiones y sus dogmas de *verdades eternas* a cargo de mitos y dioses, o de la filosofía idealista, racionalista y metafísica de Platón, Descartes o Kant por medio de la *ética* y la *moral*, son postulados subjetivos de la mente que de manera atemporal tratan de hacer del mundo un lugar estable, fijo y seguro con *valores universales*,

separado de la realidad material, histórica, social y *de clase*, que siempre es cambiante, contradictoria y nueva.

Los *valores morales* desde las antiguas religiones, pasando por la filosofía idealista de Platón y la escolástica cristiana, hasta el *imperativo categórico* kantiano, proponen comportamientos individuales, pretendidamente universales en el ser humano, al margen del tiempo y el espacio, esto es, de la historia, la sociedad y la realidad material de sus diferentes *clases sociales*. Es decir, son proposiciones *subjetivas* al margen del movimiento *objetivo* de los procesos de transformación de todo lo existente. En definitiva, *valores* artificiales que no son ni “verdaderos” ni “universales”, sino que obedecen, fundamentalmente, a la adaptación individual con el orden establecido del funcionamiento de las cosas, sin cuestionar la realidad social.

La interpretación empírica de la realidad por medio de buscar la comprensión exclusivamente en el conocimiento de los datos aparentemente finalistas -como objetos fijos independientes unos de otros-, provoca elevar a la categoría de esencia lo que no es más que apariencia. De esta forma, el relato plano y lineal de lo que acontece percibido en el “*ahora*” -presente-, o en el “*pasado*” -historia-, se antepone al análisis dialéctico del “*cómo*” y el “*por qué es*” o “*ha sido así*”, soslayando la causalidad indeterminista del cambio permanente. De esta forma, tomando la parte por el todo, se confunde la apariencia con la esencia, sin diferenciar la realidad *objetiva* de la *subjetividad* arbitraria. Si todo lo que existe es materia en proceso permanente de cambio y transformación a través del movimiento, tanto de la naturaleza orgánica como inorgánica, el pensamiento también lo está. Sin embargo, a diferencia del resto del mundo natural, el ser humano tiene la capacidad de transformarlo por medio de ideas que conecten o desconecten con el funcionamiento de la realidad natural de la que forma parte. El pensamiento, como acción humana consciente, antes de ser sujeto cognoscente para interpretar libremente la realidad -lo que lleva haciendo la filosofía racional desde Grecia-, es objeto dependiente de sus limitados sentidos a través de los cuales trata de captarla. Por esta razón, el pensamiento está inicialmente subordinado a la materia, antes de aplicar una interpretación de ella.

De la misma forma que actualmente el cerebro humano tiene mayor capacidad para el habla -adquirida por el desarrollo económico y social de su evolución- que para la escritura -muy posterior a la primera-, la forma de estructurar el pensamiento tiene en la tradición empírica y mecánica una influencia mayor que el movimiento dialéctico, que requiere *pensar*, más allá de la percepción de los sentidos, utilizando la capacidad de abstracción. No obstante, esta importante aportación metafísica puede derivar en una alteración que desconecte el pensamiento del objeto analizado, como hace la *Teoría de las ideas* de Platón, o bien unificarlo, como hace Hegel con la *dialéctica* en *La ciencia de la lógica*. Algo que por otra parte tiene lugar en el arte, la música, la poesía y solo parcialmente en la ciencia, es necesario trasladarlo al pensamiento filosófico, político y económico, para captar la realidad e intervenir en ella de manera consciente.

La filosofía idealista de Platón con su “teoría de las ideas o las formas”, desarrolla el *sujeto* de Parménides como una derivación razonada de la religión, que ha sido bendecida, justificada y aceptada por todas las clases dominantes en la sociedad hasta hoy en día, aunque sea ajena a la realidad material, social y política desde entonces. Este es el motivo tanto de su relevancia histórica como de la influencia de su pensamiento, hasta el punto de tener más importancia universitaria y social que todos los grandes pensadores griegos anteriores juntos. Sin embargo, muchos de ellos tienen mayor validez para la filosofía, la ciencia y la política que Platón, incluyendo los maltratados sofistas. A diferencia de Aristóteles, que ni entiende a Heráclito ni tiene su profundidad, Platón le comprende pero lo rechaza, de la misma manera que a Demócrito y su teoría materialista de los átomos, pues habiendo escrito menos libros que éste, nunca le nombra en sus *diálogos*, más que para pedir que aquellos sean quemados.

A lo largo de los siglos XIX y XX, todas las ciencias por medio de descubrimientos aplicados, demuestran de forma concluyente que las ideas de Heráclito están vinculadas con la realidad, mientras las de Parménides son negadas, pues solo constituyen una concepción del mundo idealista de la mente. Sin embargo, la influencia filosófica, política y científica de Parménides, es muy superior hasta hoy a la de Heráclito, debido no solo al control ideológico de las estructuras de poder del Estado bajo la envoltura política que lo facilita, sino a que su alternativa filosófica está protagonizada por el *empirismo* y *materialismo mecanicista* desde el siglo XVII, dejando su significación *dialéctica* con el único apoyo de consistencia en Hegel y Marx, sin duda los dos pensadores peor tratados académica y políticamente de los dos últimos siglos.

Incluso cuando los avances científicos como el comportamiento de las partículas subatómicas en la *Mecánica cuántica*; la disfunción del espacio-tiempo en la *Teoría de la relatividad*; o la indeterminación posicional de los electrones del *Principio de incertidumbre*, demuestran un comportamiento dialéctico en el funcionamiento de la materia a través del cambio, la contradicción y la negación, su enfoque metodológico previo es mecanicista, y sus logros obtenidos lo hacen más por aproximación empírica que por utilizar el mismo método que las valida. De esta forma, las hipótesis para la experimentación científica tienen el método fijo y estático de Parménides, mientras la demostración empírica corrobora el cambio y la transformación interna que expone Heráclito. No obstante, algunas derivaciones de este idealismo-racional-religioso, con elementos *materialistas* que aceptan el movimiento como en Aristóteles, Spinoza y Locke, permiten cierto distanciamiento del *idealismo* y la religión. Sin embargo, lo hace de manera mecánica y estática, sin sacar las últimas consecuencias del *Principio de Causalidad*, que algunos de ellos admiten, pero sin entender el *Principio de Contradicción*, que todos ellos rechazan.

La aplicación práctica más significativa de la historia del pensamiento filosófico es la intervención política, por ser donde se concretan los aspectos más relevantes de la actividad humana, tanto en la naturaleza como en la sociedad. En última instancia, todo pensamiento busca la unidad de teoría y

práctica, sea filosófico o científico. De hecho, la mayor parte de los grandes pensadores con una teoría del conocimiento propia -Platón, Aristóteles, Spinoza, Locke, Kant, Hegel o Marx- han elaborado también obras políticas. No obstante, es preciso subrayar que dichas ideas obedecen a una concepción *filosófica* previa, es decir, de una consideración de principios metodológicos para interpretar la realidad, y no derivando éstos de su posición *política*. Por lo tanto, antes de valorar la expresión concreta del pensamiento en su variante práctica, es preciso hacer lo propio con sus estructuras básicas o método analítico, que incluye como herramientas tanto elementos sensibles, empíricos y experimentales, como intangibles, abstractos y metafísicos. Este es el motor del que surge todo el pensamiento, no solo filosófico y político, sino científico, económico y social.

La otra gran variante de la filosofía, de hecho la más simple, reduccionista, divulgada y que menos tiene que ver con su verdadero propósito, son las doctrinas éticas y morales -en realidad una variante idealista-religiosa- muy del agrado siempre de las clases dominantes de cada modelo de sociedad clasista. Su objetivo es servir como normas de comportamiento individual de supuestos *valores universales*, al margen de las diferencias económicas, históricas y de clases sociales. Al igual que ocurre con las ideas políticas, también hay pensadores relevantes en este aspecto como Séneca, Montaigne o Rousseau, pero éstos no significan aportaciones originales a la teoría del conocimiento sobre el funcionamiento de la realidad.

Si la filosofía y la ciencia tienen como fundamento la comprensión de la realidad a través de la búsqueda de causas del movimiento de la materia; la adaptación del pensamiento para estudiar su desarrollo; y dotarse de ideas y medios para intervenir en ella y transformarla, ante la actual crisis orgánica del sistema económico y la estructura del Estado a su servicio, la filosofía solo puede ser revolucionaria, o no es nada. La encrucijada política y social como resultado del proceso gestado desde *la gran recesión* de 2008, está rompiendo las costuras sociales de un sistema económico que parecía tener bajo control su dominio ideológico desde la caída del estalinismo. Todo pensamiento sin acción -filosófico y científico- es inútil, no sirve más que para justificar el orden existente.

El pensamiento filosófico actual está encerrado en algunas facultades universitarias como expresión del saber intelectual de manera individual, o bien, como exposición ocasional en los medios de comunicación, siempre para criticar aspectos secundarios del funcionamiento de la sociedad y nunca para analizar las causas fundamentales de la crisis del sistema. La filosofía en el siglo XXI es una actividad casi reducida al mundo académico, donde se estudia como departamentos estanco -nombres, ideas y escuelas- por parte de unos estudiantes que no manifiestan mayor interés -salvo la minoría de universitarios que la eligen- que aprobar la asignatura.

Fuera de las aulas está prácticamente desaparecida del mundo político, económico y social -casi como en la Edad Media- salvo algunos artículos en prensa de auto-considerados o designados “filósofos”, que realizan análisis éticos sobre la actuación de gobiernos y Estados donde en modo alguno se cuestiona el sistema establecido. Ser un “filósofo” no es opinar, explicar o desarrollar las ideas de otros, sino crear teorías originales propias. Sin embargo, el *pensamiento filosófico* -denostado socialmente por inútil y enclaustrado en las aulas como consuelo de erudición individual-, constituye el arma más poderosa para analizar la realidad -física, política, económica y social- como paso previo a la intervención subjetiva para transformarla de manera colectiva. De esta forma, por medio del pensamiento aplicado a la actividad humana -resultado de las necesidades materiales de la sociedad- podemos estudiar las bases objetivas que han dado lugar a la evolución de las ideas hasta hoy, y la encrucijada en que se encuentra la filosofía y la ciencia, fruto de la crisis estructural del sistema capitalista.

El objetivo filosófico sigue siendo la conexión con la ciencia, como forma de superar el distanciamiento entre ambas los últimos 2.500 años. En último extremo, la ciencia no es otra cosa que el logro consciente de adecuar el pensamiento a la realidad, por medio de la intervención humana. El de la filosofía no puede ser otro. La *Teoría de las formas* de Platón, *La Lógica* de Aristóteles, el *Empirismo* de Hume, o el conocimiento *a priori* de Kant, son intentos fracasados de lograr unificar el pensamiento con el funcionamiento de la realidad, aunque hayan supuesto avances parciales como la utilización del pensamiento abstracto, las interrogaciones metafísicas o la repercusión de los sentidos en la mente.

El objeto de este trabajo es poner en valor el pensamiento *dialéctico y materialista* -denostado y aplastado política y académicamente- como el más avanzado para el análisis y la intervención individual, social y *de clase*, en la vinculación con su verdadera significación científica, esto es, la unificación de la subjetividad humana con la objetividad de la naturaleza de la que forma parte. Solo de esta manera dejarán de ser diferentes los conceptos de ciencia y filosofía, dentro de su inevitable proceso de interacción mutua, donde la actividad humana es el motor de su transformación.

Para conseguirlo, es imprescindible recuperar el pensamiento de Heráclito, Hegel y Marx, por constituir el soporte intelectual más completo y avanzado desde el punto de vista de entender la realidad de manera *científica*, acercándonos a un método de análisis que complementa el conocimiento empírico con la capacidad de abstracción, y aplicar el pensamiento a captar el devenir de los procesos que conforman el *momento* de lo que consideramos realidad concreta para intervenir en ella. Mientras Heráclito es la inspiración más brillante del pensamiento antiguo -oportunamente silenciado a favor de los justificadores del orden establecido como Platón y Aristóteles- y Marx llega al punto culminante de anulación de la filosofía como religión razonada, convirtiendo el ser humano en protagonista de su propio destino transformando la sociedad -

convenientemente manipulado por la aberración del estalinismo como coartada-, Hegel es el mayor sistematizador del método de acercamiento a la complejidad que conforma el proceder de la realidad: la dialéctica. ¶



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>